

dose las principales sino en tener mayor número de pobres vergonzantes, pues los había aun entre las personas más condecoradas, así eclesiásticas como seculares. A estos se les daba, además del alimento, cierta cantidad de dinero al mes según la condición de cada uno. También se necesitaba un cuidado particular con una porción de amas de leche, á quienes se daba harina y algún dinero. Los enfermos y los heridos, cuyos cirujanos y medicamentos se pagaban, eran un nuevo manantial de gastos en dinero, aunque los misioneros cuidaban por sí mismos á muchos de ellos. El artículo de la ropa blanca era todavía más costoso. Hubo día en que dieron siete docenas de camisas á los pobres de Nanci, recogiendo los andrajos que llevaban, á fin de lavarlos y componerlos para otros, ó emplearlos en la curación de las heridas. Se distribuían á las casas religiosas piezas de telas con que hacían ellas mismas sus hábitos, y á algunas se les daba también zapatos. ¡Tan estremada era su miseria! De este modo subsistieron todas las comunidades regulares, así de hombres como de mujeres, dándolas también en dinero á unas de trescientas á cuatrocientas pesetas por trimestre, y á otras hasta seiscientas. Estas distribuciones en víveres, en dinero y en ropas duraron por espacio de nueve á diez años, no solo en Lorena, sino en las ciudades de la provincia de Artois, nuevamente conquistadas y arruinadas. Los misioneros recorrían el país acompañados de los párrocos, los cuales conocían mejor el estado de las familias, y en cada viaje se vestía por lo común á cien personas de ambos sexos y de todas clases: en lo cual se consumieron catorce mil varas de tela. La reina, madre de Luis XIV, se compadeció de tal modo de la desnudez de aquellos pobres pueblos, que además de las inmensas limosnas pecuniarias que les hacía, les envió todas sus tapicerías y sus colgaduras de luto, después de la muerte del rey su esposo; en lo que la imitó á duquesa de Aiguillon.

Fijado en Paris San Vicente para multiplicar los socorros en su origen y hacer que llegasen con más abundancia á su destino, no había desempeñado hasta entonces más que las funciones propias de la cabeza ó del corazón, que dan movimiento á todos los miembros. Pero como la continuación de la guerra y de la miseria en unas provincias enteramente arruinadas, hubiese obligado á una gran parte de sus habitantes á abandonarlas y á ir á Paris á echarse en sus brazos, los recibió con paternal cariño sin escluir á nadie, y con nueva edificación hizo inmediatamente por sí mismo lo que tanto tiempo había estado ejecutando por medio de sus discípulos. Les dió casa, alimento y vestido en los ocho años que duraron las emigraciones. A la gente ordinaria la proporcionaba instrumentos y trabajo, ó la ponía á servir. Pensaba seriamente en atender á la seguridad de las personas jóvenes del otro sexo, cuya virtud se hallaba espuesta; y dió orden á los misioneros para que le llevasen todas aquellas que quisiesen, y no pudiesen de otro modo evitar su perdición. En efecto, llevaron por varias veces hasta ciento y cincuenta ó ciento y sesenta, pagándolas todos los gastos del camino, sin contar á muchos huérfanos que iban acompañando á sus hermanas. Los muchachos eran admitidos en San Lázaro, hasta que se los pudiese poner á oficio; y madama Le-Gras recibía en su casa á las muchachas, á donde acudían las familias de Paris, advertidas por las señoras de la junta de caridad, á elegir criadas de todas clases.

Lo más embarazoso eran las personas distinguidas y familias enteras que no estaban acostumbradas á trabajar para ganar el sustento, y mucho menos á mendigar. Pero no hubo obstáculo que no venciese el Santo con su ardiente caridad. Trató pues de mantenerlos, no con las limosnas recogidas para las provincias, porque estas se invertían siempre puntualmente en el objeto á que estaban destinadas, sino por medio de una asociación de

muchas personas ilustres, á quienes sirvió de modelo el virtuoso baron de Renti. Todos los primeros domingos de mes se reunían en San Lázaro, donde á ejemplo del Santo dejaba cada uno una cantidad de dinero, á fin de formar una suma suficiente para la manutención de aquellos pobres nobles, entre quienes se iba distribuyendo en el discurso del mes, á proporción del número de personas y de la calidad de las familias. Además de esto los visitaban por turno aquellos piadosos asociados para conocer mejor su miseria, tranquilizarles, consolarles, darles nuevas señales de benevolencia, y asegurarles de que perseverarían en sus buenos oficios. En estas circunstancias se habían refugiado también en Paris muchos caballeros y grandes de Inglaterra, espatriados por la fé católica. La inmensa caridad de Vicente los agregó á los de Lorena, é hizo que su resolución fuese aprobada por los demás asociados; con lo que duró aquella asociación y la mayor parte de sus buenas obras por espacio de veinte años, esto es, casi hasta la muerte del Santo.

Animado por los obstáculos, en vez de desalentarse á vista de ellos, hizo que le llevasen desde Lorena á Paris una comunidad de catorce religiosas benedictinas, que viéndose próximas á morir de hambre en su monasterio de Rambervillers, habían ido, aunque en vano, á buscar su subsistencia á la ciudad de San Miguel. Las mantuvo por algún tiempo con los auxilios de las señoras de la junta de caridad; después de lo cual, socorriendo visiblemente la Providencia á aquellas dignas hijas de San Benito, formaron un establecimiento ventajoso en el arrabal de San German, con título de religiosas del Santísimo Sacramento, instituyeron su adoración perpétua, y erigieron una congregación fervorosa que fué motivo de un nuevo triunfo para la Religión.

Entretanto no dejó el Señor de probar la fé de su siervo. Muchas veces no alcanzaban los fondos de los piadosos asociados para tantas obras dispendiosas, y se veía obligado Vicente

á suplir de las rentas de su casa, quizá más de lo que podía. Sucedió una vez, entre otras, que después de la contribución de todos los asociados, faltaban doscientas pesetas para completar la suma que entonces necesitaba. Llamó el Santo al procurador de la casa, y le preguntó cuánto dinero tenía. Respondióle este que no tenía más de cincuenta escudos para atender al gasto de la comunidad, la cual era á la sazón extraordinariamente numerosa. «¿Y qué, no hay más dinero que ese en toda la casa (replica el superior)?» — «No señor (responde el procurador); no hay más de cincuenta escudos en todo.» — «No importa (le dice el Santo); traédmelos;» y habiéndolos recibido, los entregó para completar lo que faltaba á la suma, queriendo más bien pedir prestado ó padecer con los suyos, que dejar de socorrer á la pobre nobleza. Pero uno de los asociados que había estado escuchando la conversación, y quedó enternecido de oírla, envió el día siguiente un talego con mil pesetas á la casa de San Lázaro. Otra vez que faltaba una suma de trescientas pesetas, la aprontó el Santo inmediatamente del dinero que le habían dado para que comprase otro caballo, porque el que tenía estaba tan estropeado, que no pudiendo sostenerle, daba todos los días alguna caída.

No fué la Lorena el único teatro, ó por mejor decir, el único campo de triunfo de la caridad maravillosa de Vicente. Estendiéndose la guerra y la miseria por la Champaña y Picardía, cayeron estas dos grandes provincias en un estado que nos llenaría de horror, si no temiésemos afligir á las almas sensibles con la continuación de estas lúgubres pinturas. ¿Quién podría sufrir, por ejemplo, la relación circunstanciada de los soldados que se quedaban atrás en las marchas, á causa del hambre y de las enfermedades, de los esfuerzos que hacían para seguir adelante, de cómo caían en el lodo y en las zanjas, donde espiraban sin que hubiese nadie que les diese el menor auxilio? ¿De un grupo de cuatrocientos pobres

enfermos que llegaron á San Quintín, la mitad de los cuales fueron eschuidos de la ciudad, donde habia ya de siete á ocho mil hambrientos, y perecieron sucesivamente en aquel cruel abandono? ¿De seiscientas personas que cerca de Guisa se abalanzaron á los cadáveres de los perros y caballos, despues que los lobos habian saciado en ellos el hambre? ¿Del número infinito de hombres, mugeres y niños, errantes como fieras por prados y montes, paciendola yerba, royendo la corteza de los árboles y comiéndose la tierra, y aun los andrajos de que iban cubiertos? Hubo algunos que llegaron al extremo de comerse los brazos, y despues murieron llenos de rabia y desesperacion. Pasemos ya á los prodigios de caridad con que se terminaron estos horrores.

Aquellos infelices fueron alimentados con tanta abundancia, que muchos de ellos murieron de hartura. Los que permanecia desnudos en las cuevas ó en los muladares, y de vergüenza no se atrevian á salir de allí, recibieron vestidos. Todos los enfermos recobraron la salud, despues de algun tiempo de experiencia, á escepcion de un corto número, para los cuales no habia ya remedio humano. Se repararon y reedificaron las casas, se dieron herramientas á los trabajadores, tornos y cañamo á las mugeres, arados y demas cosas necesarias para la labor á los labradores, como tambien semillas para sembrar sus tierras. Las parroquias abandonadas, cuyos párrocos habian muerto ó estaban para morir, fueron restablecidas ó provistas de todas las cosas que se necesitaban para el culto divino, sin embargo de que en la sola diócesis de Laon habia mas de ciento en que no se practicaba ningun acto religioso. Se pusieron ecónomos en los lugares destituidos de pastores, y se les proporcionó una renta suficiente para mantenerse. Estas distribuciones consumieron por bastante tiempo cuarenta, cuarenta y ocho, y aun sesenta y cuatro mil reales mensuales, sin que su mantual se agotase ni un solo momento. No cesó

la caridad hasta que se acabó la miseria, y el santo fundador de la Mision fué, como en otro tiempo José, el salvador de los pueblos y de las provincias. Entre todos aquellos á quienes llamamos héroes ó grandes hombres, ¿ha habido uno solo tan benemérito del género humano como este pobre sacerdote? Pero los héroes son comunmente el azote de los pueblos, al paso que los hombres semejantes á este pobre virtuoso son sus libertadores. ¿A quién con mas justicia deberán erigirse estatuas? Y si la de Vicente de Paul, tan grande hombre como gran santo, no estuviese erigida en nuestros altares, ¿habria entre los monumentos nacionales de Francia un lugar bastante eminente para colocarla como merece?

Si el siervo de Dios era tan sensible á las calamidades temporales, todavia sentia con mas viveza el mal estado de las almas abandonadas de sus pastores y privadas de casi todos los auxilios de la Religion. Su principal cuidado era el de que se reconcillasen con Dios aquellos infelices, que recibiesen los sacramentos, y que buscasen su consuelo en la fé. En cuanto á los desgraciados que se refugiaban en París, se informaba por sí mismo del estado de su conciencia y los disponia para una buena confesion. Dispuso que se les hiciesen misiones formales en la iglesia de la aldea de La Chapelle, en tiempo de Pascua. De este modo los iba reduciendo á Dios por los medios que en todos tiempos ha practicado la Iglesia. Mientras que los novadores (de los cuales se habia separado públicamente) perdian el tiempo en discurrir acerca de la gracia y de la caridad y hacian teologas en los claustros y en los hospitales, él ponía en práctica las ociosas (por no decir mas) especulaciones de ellos, y solo trataba con las personas del otro sexo, con el fin de preservar y sostener su virtud.

Conmovido estraordinariamente á vista de los crímenes causados por la guerra, de los robos y asesinatos, de las blasfemias y sacrilegios, de la profanacion de las cosas mas san-

tas, de la ruina de las familias y de la desolacion de las provincias, tomó una resolucio que llenó de admiracion y de espanto á toda la corte. Pero lo que hubiera bastado para desgraciar al favorito mas privilegiado, produjo el efecto que deseaba el Santo. Como el cardenal de Richelieu le manifestaba cierta benevolencia, quiso aprovecharse de ella contra la calamidad pública. Sin atender, pues, al peligro á que se esponia, fué á buscarle, le hizo una pintura patética de las desgracias del pobre pueblo y de todos los desórdenes causados por la guerra, y arrojándose á sus pies bañados los ojos en lágrimas: «señor (le dijo), dadnos la paz, compadeceos de nosotros y de nuestros miserables conciudadanos; dad la paz á la Francia y á sus provincias, que están ya en el último grado de la desesperacion.» Enterneciése el ministro á pesar de toda su entereza, y respondió que haria los mayores esfuerzos para proporcionar la paz, escusando en cierto modo su lentitud, con decir que esto no dependia de él solo.

Entre tantos servicios hechos á la patria y á la humanidad, ¿cuántos no hacia al mismo tiempo la inmensa caridad de Vicente á la Religion con los varios ejercicios que eran el objeto de su instituto? Antes de fundar su congregacion, habia ya pasado ocho años en hacer misiones en diferentes diócesis. Desde esta fundacion hasta el año 1632 en que la casa de San Lázaro quedó constituida por la principal de todas, hizo por sí y por medio de los suyos ciento y cuarenta misiones; y desde entonces hasta su muerte, la sola casa de San Lázaro hizo cerca de setecientas, dirigidas todas por él, y en muchas de ellas trabajó personalmente. Si añadimos á estas todas las que se hicieron por las otras casas establecidas en mas de veinticinco diócesis, así en Francia como en los demas Estados, ¿quién será capaz de referir todos los frutos saludables que produjo este varon apostólico en todo el mundo cristiano y aun en las tierras de los infieles? ¿Cuántas per-

sonas sacadas de la ignorancia culpable en que estaban acerca de las primeras verdades del cristianismo! ¿Cuántas otras arrancadas al crimen en que habian estado sumergidas por espacio de quince y de veinte años! ¿Cuántos sacrilegios, en materia de sacramentos, reparados con buenas confesiones generales! ¿Cuántas usuras abolidas, cuántas restituciones hechas, cuántas enemistades desarraigadas, cuántos concubinatos disueltos, cuántos escándalos reparados, cuántas virtudes practicadas, ó á lo menos cuántas enormes ofensas de Dios contenidas por algun tiempo! El verdadero celo, el celo que nada participa del orgullo farisáico, encuentra en solo esto una abundante recompensa de sus trabajos.

¿Cuáles fueron sin embargo estos trabajos, y cuál el valor comunicado por Vicente á sus discípulos para sufrirlos en la campiña de Roma, por ejemplo, donde los pastores que habitaban en ella solos con sus ganados pasaban los cinco y los seis meses sin oír hablar de sacramentos, y casi sin oír misa jamás? Era tan profunda su ignorancia, que la mayor parte de ellos no sabian ni aun el símbolo de los Apóstoles. En medio de esto era imposible reunirlos en ninguna iglesia. Pero no hay obstáculos que no venza la caridad. Se esparcieron los misioneros por aquellas campiñas desiertas: acudian por la noche á las cabañas donde se recogian los pastores, se estaban allí con ellos encima de algunas pieles, y muchas veces sobre la dura tierra, cuidaban de que hiciesen oracion, los instruian en las verdades de la fé, los preparaban para hacer una buena confesion, y despues los reunian en un dia festivo en alguna capilla de aquellas inmediaciones, donde se celebraba misa, se les hacia una exhortacion patética, y se les daba la comunión. Se trasladaron para los mismos ejercicios á los estrechos mas incultos del Apenino. Las diócesis de Viterbo y Palestrina, todos los lugares inmediatos, y el estado de Génova, el Piamonte, la isla casi bárbara de Córcega, donde parecia

que la venganza homicida, tan comun en Italia, habia establecido la silla de su imperio, cogieron con igual abundancia los frutos de una misma caridad todo el tiempo que vivió el santo fundador de la Mision.

Pero mientras la divina Providencia suministraba tantos auxilios á la Iglesia para reanimar la fé, y hacer que volviesen á florecer las buenas costumbres en sus antiguas posesiones, se esforzaba el infierno por su parte á unir para sí con los lazos mas estrechos lo que habia invadido antiguamente. Dócil á sus sugerencias Cirilo Lucar, patriarca de Constantinopla, y no contento con el cisma y con la esclavitud en que gemia la Grecia, su patria, bajo el yugo de los infieles, intentó que abrazase los errores y las impiedades de los sectarios del norte.

Este hombre versátil, que parece no se fijó en ningun principio de fé, nació en la isla de Candia, desde donde pasó á estudiar en la universidad de Venecia y en la de Pádua. Poco despues viajó por Alemania y contrajo amistades muy intimas con los protestantes, los cuales se aprovecharon de aquella ocasion para introducir su doctrina en la Grecia. Recibió todas las impresiones que quisieron darle, y prometió hacer buen uso de ellas, valiéndose del artificio y del disimulo hasta que pudiese declararse de un modo ventajoso. Era capaz aquel griego de ejecutar todo lo que prometia, porque poseía en sumo grado el arte del enredo y de la cábala. Luego que regresó al Oriente fué elevado al sacerdocio y á la dignidad de archimandrita, por el influjo de un pariente suyo, que era protosincelo de Alejandria, y que llegó á ser patriarca de esta ciudad. Viajó despues por la Lituania, donde continuando sus conexiones con aquellos hereges, é inquietado con este motivo, dió sin dificultad una confesion de fé conforme á la doctrina de la Iglesia romana, sobre los puntos controvertidos entre los católicos y los protes-

tantes. Habiendo ascendido luego al patriarcado de Constantinopla, despues de haber sido algun tiempo patriarca de Alejandria, se creyó suficientemente acreditado para enseñar la doctrina protestante á sus ovejas. Pero los obispos y los sacerdotes griegos reclamaron unánimemente, y fué desterrado á Rodas. En lugar de él fué nombrado patriarca el obispo de Andrinópolis. Entonces se vió que el interés de Lucar, no menos que su empresa, era tambien el de las potencias protestantes. El embajador de Inglaterra solicitó su restablecimiento con tantas instancias, que lo consiguió. Orguloso Lucar con este apoyo, luego que volvió á verse en su silla, publicó un catecismo en que se enseñaban los errores del calvinismo: se atrevió á dar una confesion de fé por el mismo estilo, y el embajador de Holanda hizo que se imprimiese en Ginebra. Este nuevo despropósito le produjo un nuevo destierro. Restituido á su silla al cabo de tres meses, creyó que por medio de sus poderosos protectores podia alborotar impunemente. Pero cansada en fin la Puerta de una obstinacion tan contraria á su tranquilidad como injuriosa á su soberania, mandó que le llevasen á una fortaleza del mar Negro, donde fué ahorcado (1638).

Apenas ocupó la silla de Constantinopla su sucesor Cirilo de Berea, celebró un concilio en que hizo que Lucar fuese anatematizado. Cuatro años despues, esto es, en 1642, Partenio, que reemplazó á Cirilo de Berea, se creyó tambien obligado á congregare un nuevo concilio y anatematizar la confesion calvinista dada por aquel apóstata. Este decreto fué recibido en Moldavia, como tambien en Grecia, y confirmado en el sínodo de Jassi. Todos los orientales en general adhirieron á estas decisiones, y los que escribieron despues hablaron de ellas con elogio. Asi las maniobras de la impiedad sacramentaria solo sirvieron para acabar de llenarla de oprobio, dando el último grado de autenticidad á la unanimidad de la

fé entre todas las iglesias antiguas, aun las cismáticas, acerca del Sacramento de la Eucaristia en particular.

En el seno de la Francia, adicta en todos tiempos á la Cátedra de Pedro, se suscitaron sucesivamente varios altercados que dieron motivo á la decision de aquellas cuestiones delicadas que rara vez se agitan con viveza sin algun peligro de la santa unidad. Habiendo aceptado el cardenal Francisco Barberini, sobrino de Urbano VIII, la proteccion de la Iglesia de España, y dejando traslucir la predileccion con que miraba á esta corona, pidió el embajador de Francia en la corte de Roma, que el cardenal Antonio Barberini, tambien sobrino del Papa, se encargase de la proteccion de las iglesias de aquel reino. El Padre Santo tomó el partido de prohibir igualmente á sus sobrinos que se mezclasen en los asuntos de las coronas; pero por punto de honor exigió Richelieu que el cardenal Antonio ejerciese la proteccion de Francia, á lo menos por un año, asi como el cardenal Francisco habia ejercido la de España; mas jamás quiso condescender en ello el Papa. Entretanto, habiendo sido conquistada la Lorena por los ejércitos franceses, quiso el rey nombrar para los beneficios consistoriales de aquella provincia, y aun para los de los tres obispados de Metz, Toul y Verdun; pero lo negó tambien el Papa. Además estaba descontenta la corte porque no se enviaba el capelo al célebre P. José, á cuyo favor habia mucho tiempo que le solicitaba. Pero en este punto solo estaba disgustado Luis XIII, porque segun dicen, el mismo Richelieu promovía la oposicion y resistencia de Roma, queriendo mas bien tener á un hombre de superior mérito por cooperador útil, ó mas bien por un agente que en nada se interesaba tanto como en la gloria de su amo, que por cólega en la púrpura, y quizá por competidor en el ministerio. En estas circunstancias fué asesinado en Roma un criado del mariscal de Estrées y no se le hizo justi-

B. del G., tomo XX.—VII.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo V.

cia. En fin, habiendo muerto el cardenal de la Valette en el Piamonte, donde mandaba los ejércitos franceses, no quiso el Papa que se hiciesen en Roma los funerales acostumbrados con los cardenales difuntos, por un prelado que habia fallecido en un género de vida tan poco conforme á su carácter. Estas eran las razones que se daban al público y con que se metia mucho ruido; pero habia otras mas misteriosas, que eran el verdadero móvil de los que procuraban dar fuerza á las primeras para disimular las segundas.

El cardenal de Richelieu, amante de todo género de grandeza y de autoridad, habia pedido la legacia de Francia, en los términos en que la habia tenido anteriormente el cardenal de Amboise; pero conocian los Papas su genio imperioso y no estaban en ánimo de condecorarle con una dignidad que le habria allanado el camino para lograr un poder sin límites en la gerarquía. Se la ofrecieron por tres años, y él no quiso aceptarla de ese modo. Pretendió despues la legacia de Aviñon, y le fué igualmente negada. No pudiendo lograr una dominacion absoluta sobre el clero, emprendió subyugar por lo menos el estado monástico. Ya era abad de Cluny, é hizo que además se le eligiese abad general del Cister y de los premonstratenses; pero los abades extranjeros, que de ningun modo dependian de él, no quisieron admitirle por gefe, y el Papa le negó las bulas. Le causó esto la pesadumbre que naturalmente debia experimentar un hombre tan poco acostumbrado á llevar desaires, y solo pensó ya en dar que sentir al Papa. Principió, pues, por un decreto del Consejo, que prohibia acudir á Roma por despachos y enviar dinero á aquella capital. En seguida se valió de algunos prelados para pedir la revocacion ó á lo menos la moderacion de las anatas, y luego solicitó que se celebrase un concilio para reprimir las pretensiones de la curia romana; pero si tuvo viles aduladores entre los obispos, el cardenal de la Rochefoucault y otros muchos prelados